

Los usos del discurso anticomunista del peronismo durante el periodo 1951-1955: La infiltración gremial, la cuestión internacional y el conflicto con la Iglesia

The uses of the anti-communist discourse of Peronism during the period 1951-1955: Guild infiltration, the international issue and the conflict with the Church

Pedro Simunovic Gamboa¹

Recibido: 14 de abril de 2019 - Aceptado: 27 de mayo de 2019

Received: April 14, 2019 - Approved: May 27, 2019

Resumen

Los usos del discurso anticomunista durante el segundo gobierno presidencial de Juan Domingo Perón operaron en tres formas: para desacreditar las protestas en el ámbito gremial, para tomar posición en la situación internacional durante la naciente Guerra Fría y como elemento descalificador para caracterizar a sus enemigos políticos internos, entre ellos, la Iglesia. La siguiente propuesta tiene como objetivo matizar los usos del discurso anticomunista peronista tomando en consideración que en este período (1951-1955) el discurso anticomunista se presentó como epíteto descalificador entre anticomunistas para evitar admitir que existían tensiones del plano local.

Palabras clave: Anticomunismo, peronismo, macartismo, Iglesia Católica..

Abstract

The uses of anti-communist discourse during the second presidential government of Juan Domingo Perón operated in three ways: to discredit the protests in the guild, to take a position in the international situation during the rising Cold War and as a disqualifying element to characterize its internal political enemies, among them, the Church. The following proposal aims to clarify the uses of Peronist anti-communist discourse taking into account that in this period (1951-1955) the anti-communist discourse was presented as a disqualifying epithet among anti-communists to avoid admitting the existence of tensions at the local level.

Keywords: Anticommunism, Peronism, McCarthyism, Catholic Church.

1 Chileno, Magíster en Ciencias Sociales con mención en Historia Social, Universidad Nacional de Luján, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Buenos Aires. Correo electrónico: psimunovicgamboa@gmail.com.

INTRODUCCIÓN

Los recientes estudios que han analizado el fenómeno del anticomunismo argentino se han centrado entre las décadas de 1920 y 1940. En los años 20' el anticomunismo puede entenderse como un período formativo en tanto operaba desde una vertiente ideológica, es decir, exclusivamente como discurso contrarrevolucionario; en el que los nacionalistas, conservadores y la Iglesia señalaron al elemento comunista como un enemigo a nivel nacional e internacional (López, 2013, p.101). En la década de 1930 el anticomunismo adquiere otra materialidad, no sólo se manifestó en su dimensión ideológica, sino en un nivel más terrenal y directo, en tanto iba acompañado con diversas prácticas de disciplinamiento social (López, 2016, p.134). El anticomunismo tuvo una expresión concreta en la medida que adquirió el estatus de virtual ideología estatal² durante las presidencias de Agustín P. Justo (1932-1938) y Roberto Ortiz-Ramón Castillo (1938-1943).

Esta senda anticomunista iniciada con la dictadura de José Felix Uriburu (1930-1932) y la Sección Especial de Lucha contra el Comunismo de la Policía Federal fue continuada. Perón a lo largo de su régimen (1946-1955) nunca dejó de presentarse como un anticomunista, los militantes comunistas continuaban siendo encarcelados, algunas de sus publicaciones cerradas (Jáuregui, 2012, p. 30) y los comunistas siguieron siendo expulsados mediante la aplicación de la Ley de Residencia (Marengo, 2015, p. 63).

En el terreno exterior y en el marco de la Guerra Fría, Perón pretendió superar las divisiones y oposiciones por medio de la Tercera Posición³. No trataba de una actitud diplomática, sino ideológica y como tal, se proyectaba hacia lo interno de la nación tanto como en el plano de las relaciones exteriores (Cisneros, 2002, p. 264). No fue neutral o abstencionista, sino que adoptó actitudes definidas y propias. Perón nunca dejó de tener en cuenta que los intereses espirituales y materiales de la Argentina se hallaban junto a Occidente. Puso énfasis a la unidad política y económica de América Latina, pese a que formulara duras críticas al comunismo como doctrina política; tuvo una posición equilibrada con la Unión Soviética, y siempre evitó las actitudes frontales contra los Estados Unidos y las demás superpotencias de Occidente en el plano estratégico (Lanús, 1986, p. 75).

Perón tenía claro que el comunismo local no representaba una amenaza para su régimen⁴. En las elecciones del 24 de febrero de 1946, las listas comunistas a legisladores alcanzaron el 1,47% de los votos y para las elecciones de renovación de su mandato presidencial de noviembre de 1952, las listas comunistas encabezadas por la fórmula R. Ghioldi-Alcira de la Peña obtuvieron menos del 1% de un padrón duplicado por el voto femenino (Jáuregui, pp. 6, 31). Pese a esto, percibía al comunismo internacional como una amenaza, al caracterizarla como “doctrina” cuyo potencial radicaba en que tenía un proyecto político, económico y social concreto. Para Perón el capitalismo si bien representaba una amenaza, carecía de un proyecto político en tanto “no tenía una orientación ni un ideal”, por tanto, si “tuviesen a la humanidad en sus manos no sabría qué hacer con él”:

2 Con dicha expresión nos referimos a la puesta en marcha de mecanismos estatales que promovían la lucha contra el comunismo. Entre ellos podemos señalar la acción de la Sección Especial de Represión al Comunismo (SERCC), la fundación en julio de 1932 de la Comisión Popular Argentina contra el Comunismo (CPACC), presidida por Carlos Sylveira y la promoción de la ley de represión al comunismo presentada por el senador conservador Matías Sánchez Sorrondo en dos ocasiones: 1932 y 1936 (López, 2015).

3 Esta postura no se concibió como algo estático, sino dinámico y superador. El propio Juan Domingo Perón la caracterizó como una posición aritmética y no geométrica. Es decir, resultaba “tercera” por hallarse después de la primera (capitalista) y la segunda (comunista) y no entre ambas (Lanús, 1986, p. 75).

4 Si Perón no tenía miedo del comunismo, aún menos lo tuvieron los actores empresariales ni la derecha. Como señala Bohoslavsky (2011, pp. 127-128), el desinterés de Perón ante la propuesta de alianza de clases durante su discurso en la Bolsa de Comercio en 1944, provocó que el empresariado viera con mayor aprehensión al peronismo y a su decisión de intervenir en la economía, reorientando beneficios hacia los trabajadores urbanos organizados. De ahí que el peronismo consumiera el grueso de las preocupaciones e intereses de los derechistas, que consideraron al PC como un aliado táctico y un partido democrático más, antes que como parte del enemigo.

“De ahí que los capitalistas hayan dicho a menudo que el Justicialismo es más peligroso que el comunismo; para ellos sí, porque no saben lo que quieren. Nosotros, en cambio, si tuviéramos el mundo en nuestras manos lo haríamos justicialista”. (Perón, 1952, pp. 188-189)

El propósito de este estudio es abordar los usos del discurso anticomunista peronista durante su segunda presidencia (1951-1955). Entendiéndolo en términos de una *lógica ideológica de exclusión*⁵, en tanto permitía una separación selectiva de elementos del cuerpo social acorde a las convicciones ideológicas e instrumentalizaciones políticas del régimen, que descansaba en un proyecto nacionalista, antiliberal y anticomunista. El anticomunismo durante el peronismo, aunque no se conjugó con una exclusión institucional como en la década de 1930, operó a nivel de prácticas e imaginarios que apelaban más que al debate político frente a la resolución de los conflictos locales, a la hipótesis conspiracionista del anticomunismo de los reaccionarios. En ese sentido se acercó a la matriz nacionalista de este fenómeno⁶, pues era inaceptable que una doctrina transmitiera el principio del internacionalismo obrero y la solidaridad con los regímenes socialistas por sobre las necesidades y objetivos de la nación (Casals, inédito, p. 15).

A modo de hipótesis general sugerimos que el discurso anticomunista del peronismo promovió la discusión entre los actores anticomunistas por posicionarse como el actor más efectivo en la lucha contra el comunismo, con motivo de evitar el debate en torno a la resolución de los problemas nacionales. Durante el período 1951-1955, reconocemos una reacción en espejo de las denuncias de los actores anticomunistas. La dirigencia peronista⁷ denunció tanto a los partidos políticos tradicionales como a la Iglesia, por ser cómplices del comunismo. Al mismo tiempo, la oposición al peronismo –exceptuando el caso de la Iglesia, que comparó al peronismo con el fascismo⁸–, criticó al oficialismo tras suponer vínculos con el comunismo internacional⁹.

El discurso anticomunista del peronismo operó en tres sentidos: el conflicto obrero, la cuestión internacional y las tensiones entre la Iglesia y el régimen. En lo que concierne al primer punto, Perón tenía la necesidad de evitar admitir, sobre todas las cosas, que pudiese haber un conflicto entre los requerimientos de una política económica nacional y las necesidades sentidas por ciertos sectores de la clase obrera organizada (Little, 1971, p. 302). El uso del epíteto comunista le permitía al régimen delegar cualquier tipo de responsabilidad en los conflictos gremiales en tanto tenía un referente impreciso y dúctil. Podía referir a los activistas del Partido Comunista Argentino o al movimiento internacional cuya primera referencia era la Unión Soviética. (Acha, 2014, p. 11).

5 La idea de *lógica ideológica de exclusión* fue analizada en la reciente tesis de Magister en Historia de Marcelo Casals Araya para analizar el fenómeno del anticomunismo en el caso chileno. (Casals, 2016)

6 Cuando hablamos de matrices del anticomunismo nos referimos a las tres grandes familias distinguidas por Rodrigo Patto Sá Motta: El nacionalismo, el liberalismo y el catolicismo. Esto no implica que toda expresión anticomunista encaje en estas tres matrices. Por el contrario, priman las mezclas y las referencias aisladas o reiterativas a más de uno de estos grandes sistemas de creencias. El concepto de “matrices de anticomunismo” más que etiquetar a cada uno de estos fenómenos, nos obliga a sopesar los diferentes elementos presentes en ellas, permitiendo diferenciar y analizar cada formulación anticomunista en su especificidad. (Patto, 2000, p. 35)

7 Nos referimos únicamente al sector dirigente del peronismo ya que los trabajadores, particularmente los miembros de la CGT, utilizaron el anticomunismo para denunciar planes de infiltración que tenían que ver con la acción del Movimiento Pro Democratización e Independencia de los Sindicatos, en ese sentido podemos decir que los trabajadores peronistas se preocuparon más de los asuntos locales antes que internacionales.

8 Con esto no queremos decir que la Iglesia adoptó una postura antifascista tradicional de izquierda (Groppo, 2004, p. 28) frente a la irrupción del peronismo. La postura de la Iglesia frente a este proceso tiene que ver con que abandona su posición inicial favorable al peronismo. Durante el período 1951-1955 la Iglesia adopta una postura más liberal en la medida que denuncia a partir del antifascismo a Perón. Esta asimilación tiene que ver con el proceso de expropiación de las grandes empresas en las experiencias nacistas y fascistas de Europa occidental.

9 Ejemplo de esto es la reacción en espejo del socialismo. Carlos Herrera (2016, p. 133) sostiene que la retórica anticomunista del discurso socialista puede ser entendida por dos factores: Por la lógica antitotalitaria que había terminado por imponerse a la dirección del Partido como estrategia de oposición al peronismo, y de algún modo también a la mayoría de los militantes socialistas y por la dedicación de los periódicos en el exilio como el *Periódico del Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI)* y *La Vanguardia en el exilio* por delatar, en un plano internacional, la infiltración del “imperialismo peronista” en diferentes países latinoamericanos (Herrera, p. 120).

El anticomunismo funcionó para culpabilizar a los militantes comunistas tras la puesta en marcha de la huelga ferroviaria (1951) y la huelga metalúrgica (1954), destacando el carácter infiltrante del comunismo. La primera se extendió a lo largo de tres meses entre noviembre de 1950 y fines de enero de 1951 (Little, 1971, p.301); y la huelga metalúrgica, en el que entran en tensión los diversos grupos que componen la dirección de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), transcurrió durante los meses de abril a junio de 1954. Una característica común de ambas huelgas, es que ninguno de estos conflictos tuvo un grado significativo de “antiperonismo”, pues como señala Little (p. 302), los gremios que participaron en ellos no compartían ninguna característica común muy definida como para atribuirle a ésta la razón de los paros. Abarcaban a gremios antiguos y nuevos, peronistas y antiperonistas, tanto en el sector público como en el privado. La oposición de los trabajadores durante el período 1951-1955 no se dirige contra Perón mismo, cuyo liderazgo no es discutido, pero sí contra la dirigencia sindical “sometida” a aquél (Baily,1967, p. 94).

Luego de la resolución del conflicto ferroviario, Perón declaró que “todo era parte de una conspiración comunista internacional para desorganizar los sistemas de transporte de todo el mundo”¹⁰ (Little, p. 302). El discurso anticomunista de los gremialistas peronistas no se distanció de la matriz nacionalista, su postura tuvo como particularidad que apeló al carácter obrerista y partidista del PC local. Esto porque denunciaron al comunismo a partir de fenómenos históricos concretos, en la medida que se refirió directamente a la acción “infiltrante” de los sindicatos comunistas, entre ellos, el caso del Movimiento Pro Independencia y Democratización de los Sindicatos (MPIDS). El discurso anticomunista de la CGT, a diferencia de la dirigencia peronista, invocó algunos tópicos anticomunistas del primer período presidencial de Perón (1946-1949), entre ellos, el vínculo de los partidos políticos tradicionales con el PCA a través de la experiencia de la Unión Democrática¹¹.

En cuanto a la cuestión internacional, los usos del anticomunismo durante el segundo gobierno de Perón ya no tenían que ver con la derrota electoral del 24 de febrero de 1946 ni con la decidida política antinorteamericana de la época de “Braden o Perón”¹². En junio de 1946 Perón quiso restablecer relaciones comerciales con la URSS y manifestó un posicionamiento de prescindencia política frente al escenario externo, pese a ello, nunca dejó de mostrarse como un anticomunista y no dejó de denunciar a la militancia comunista por infiltrarse en los gremios. Luego de 1951, el anticomunismo peronista estuvo en directa consonancia con una propuesta ideológica propia del clima de polarización de la Guerra Fría, es decir, las denuncias al comunismo dejaron de tener un sustento empírico. Su postura frente a Estados Unidos manifestó signos de ambivalencia frente a la sensibilidad anticomunista provocada por el macartismo. Si bien el peronismo percibió a Norteamérica como un agente imperialista para sostener su Tercera Posición, veía con buenos ojos la represión a los movimientos huelguísticos que tuviesen algún tipo de influencia comunista. Sin embargo, esta postura cambia en agosto de 1953. El gobierno argentino, con motivo de hacer una campaña de seducción de inversiones extranjeras, dictó una ley sobre radicación de capitales extranjeros que aseguraba un tratamiento benévolo en materia de repatriación de utilidades. La actitud respecto de los Estados Unidos, revisada al estallar la guerra de Corea, fue modificada con la llegada al poder de Eisenhower, y reafirmada con la visita de su hermano Milton a la Argentina (Rouquié, 1982, p. 103).

10 La presente declaración es citada por Little (p. 302) en *El Obrero Ferroviario*, enero-febrero de 1951.

11 Recordemos que la decisión del PCA de incorporarse a la alianza electoral antiperonista, constituida por los partidos tradicionales de la Argentina, implicó que este se vinculara con partidos abiertamente “patronales” como el conservador bonaerense o el Demócrata Progresista, partidos igual o más anticomunistas que el propio peronismo (Bohoslavosky, 2016, p. 42).

12 Sobre el uso de la dicotomía “Braden o Perón”, Alicia Poderti (2010, pp. 106-111) da cuenta que este recurso retórico fue utilizado a lo largo del primer peronismo desde los comicios del 24 de febrero de 1946 hasta la alocución del 1 de mayo de 1951. Este eje discursivo si bien se mantuvo constante a lo largo del peronismo, cuando nos referimos a su tratamiento en términos del discurso anticomunista. Cumplía con la funcionalidad de oponer “la patria con la antipatria”, haciendo eje a la confrontación de clases y partidos tradicionales; más que pretender asociar al comunismo con la figura del embajador norteamericano Spruille Braden.

Sobre el problema Iglesia-Perón, las relaciones entre la Iglesia y el gobierno justicialista fueron cordiales desde 1943 hasta cerca del final de la primera presidencia de Perón. La actividad oficial en el campo de la previsión social y la pretensión gubernamental por reemplazar la enseñanza religiosa por la del peronismo, llevaron a una relación menos cordial con la Iglesia¹³. En 1951 el desencanto de la Iglesia frente a Perón había evolucionado hasta el punto que no apoyó su reelección como lo había hecho directamente en 1946. Las relaciones se deterioraron aún con mayor rapidez luego que Perón en 1954 lanzara una ofensiva contra la Iglesia pronunciando discursos frente a los gobernadores provinciales y la CGT. En ellos acusó a la iglesia de infiltrarse en los movimientos populares, con la intención de que los trabajadores se volvieran contra el gobierno.

La Iglesia durante el período de conflictividad con Perón, evitó referirse a la situación nacional, por ende, su discurso anticomunista apeló al carácter ideológico, haciendo hincapié al internacionalismo antes que los rasgos partidista/obrerista del PCA. Las referencias de *Criterio* y *El Pueblo* se limitaron a exponer sobre la coartación de libertades públicas de los países europeos poniendo énfasis en la predica del anticomunismo liberal. La Iglesia no se refirió al peronismo en términos comparativos con el régimen soviético, sino que la retórica antitotalitaria de la Iglesia adquirió una funcionalidad distinta respecto a los periodos anteriores: comparar al peronismo con el nazismo y el fascismo¹⁴. Esta comparación, fue frecuente en la medida que durante las movilizaciones católicas aparecían carteles de “Cristo Rey” y panfletos, impresos por miembros de Acción Católica, que acusaban a Perón de “fascista” y “totalitario”. La ofensiva pastoral denunciaba no solo a las torturas del peronismo, sino también más de cuatro mil casos de desapariciones. Los panfletos presentaban casos improbables de esqueletos que habían ido descubiertos. También se referían a quemas clandestinas de opositores a Perón en la Chacarita organizadas por la Policía Federal (Larraquy, 2010, pp. 84-85)¹⁵.

Nuestras preguntas de investigación apuntan a resolver ¿Cómo operaba el discurso anticomunista considerando este escenario de quiebre con la posición peronista inicial? Y ¿Qué matices adquiere el discurso anticomunista de la dirigencia peronista tomando en cuenta el escenario internacional tensionado por el hecho que el anticomunismo fuese la ideología dominante en Estados Unidos?

139

2. EL ANTICOMUNISMO PERONISTA FRENTE AL CONFLICTO OBRERO: ¿DENUNCIAR LOS PLANES DE INFILTRACIÓN COMUNISTA O EVITAR EL ENFRENTAMIENTO ENTRE ANTICOMUNISTAS?

Sobre las posturas anticomunistas que hicieron referencia al conflicto ferroviario, podemos sostener que fue más frecuente la apelación al comunismo desde un ámbito ideológico antes que práctico, vale decir, las denuncias no apuntaron a fenómenos históricos

13 Sobre la puesta en tensión de la relación entre la Iglesia Católica y Perón, Lila Caimari (2002, pp. 461-464) deja evidencia el fenómeno del “cristianismo peronista”. Definido como una religión popular, desinteresada en las formas, pero fiel a la esencia social del mensaje cristiano. En él la legitimidad cristiana había sido desplazada a la esfera política en la medida que la nueva versión peronista de la religión era promovida desde el Estado. Las tensiones tuvieron su punto culmine en el Congreso Eucarístico de 1950. En un mensaje emitido en el Congreso, Perón se refirió a la religiosidad católica en términos peyorativos. En él incluía como parte esencial un diagnóstico negativo con respecto al clero y a los católicos. Frente a esto, el cristianismo peronista proclamaba constituir el remedio a los males causados por esta tradición llena de vicios, mediante el redescubrimiento del esencial mensaje cristiano.

Este cambio no era fruto de los vaivenes espirituales del Presidente, sino más bien una muestra de su irritación al ver que el mundo católico daba cada vez más espacio y visibilidad a los adversarios del peronismo, y que el Episcopado había hecho poco y nada para revertir la situación.

14 Sobre esta idea véase *Criterio*, ¡Libertad!, 13 de octubre de 1955, Año XXVIII, N°1245, p. 724

15 Sobre este punto Marcelo Larraquy (2000, p. 84) da cuenta que la Iglesia realizó una contraofensiva luego que el peronismo vetara las manifestaciones de la Iglesia mediante la “ley de reuniones públicas” y que en 1954, era habitual que los diarios oficialistas demonizaran a los curas y los acusaran de “infiltrarse en las organizaciones del pueblo”, Acción Católica imprimió panfletos presentando casos improbables de descubrimientos de esqueletos que habían sido sepultados bajo tierra en basurales de la ciudad, en el actual empalme de la avenida General Paz con la Ruta Panamericana, y también mencionaban cadáveres transportados por aviones y arrojados al Río de la Plata.

concretos en que los militantes del PCA se vieron involucrados, por esto, el grueso de las preocupaciones del peronismo se enfocó en los aspectos internacionales del comunismo. En lo referente al carácter político de las huelgas peronistas, los trabajadores no dirigieron sus protestas contra Perón sino contra los funcionarios del gobierno y contra la patronal (Doyon, p.438). Las causas tanto de la huelga ferroviaria como de la huelga metalúrgica coincidieron en dos puntos del conflicto. El económico, producto de la demanda de mejoras salariales, y el político-gremial como consecuencia de las diferencias entre las bases y sus representados; que se tradujo en el desconocimiento de las autoridades de sus sindicatos.

El peronismo sostuvo que los conflictos gremiales, luego de 1951 no fueron promovidos por los obreros, a quienes se desligó de toda responsabilidad, sino por la acción dirigencial. Para el régimen, las causas de los movimientos huelguísticos tenían que ver más con la dirección de los “malos dirigentes”, entre ellos “los viejos dirigentes del anarco sindicalismo y del socialismo y los infiltrados comunistas”, los cuales eran “indignos de vivir en la Nueva Argentina de Perón”, a diferencia de los obreros, quienes “no sabían cuáles eran las razones del paro” (Perón, 1951, p. 172). Perón, junto con hacer uso del anticomunismo desde sus vertientes tradicionales como el nacionalismo, apelaba, por una parte, a la irrelevancia del comunismo –o cualquier otra ideología extraña al gobierno de Perón– como poco representativo de la identidad obrera una vez afirmada la justicialista, y por otra, a la legitimación de un capitalismo “bueno” para el justicialismo (Acha, p. 12).

Durante la huelga ferroviaria, el periódico dirigido por el radical Eduardo Colom¹⁶, *La Época*, sostuvo que el propósito de esta huelga “no tenía ninguna reivindicación concreta referida a las condiciones de trabajo”. Para el peronismo, tanto el comunismo soviético como el capitalismo norteamericano formaban parte de un complot imperialista que buscaba desorganizar la economía de la Argentina y que tanto el Kremlin como los agentes del capitalismo eran conscientes de ello al saber que “sólo el desorden, la subversión y el hambre permiten el triunfo del imperialismo –de izquierda o de derecha– sobre la libertad de los pueblos.” (La Época, miércoles 24 de enero de 1951, pp. 5-6). Esta postura de equiparación del régimen soviético con el capitalismo estadounidense más allá de manifestar la Tercera Posición del peronismo, nos permite inferir que el anticomunismo peronista operó para decir que el enemigo político era un agente externo a la patria, por ende, las causas de la huelga no tenían un origen local.

El uso del epíteto comunista en términos comparativos, no se limitó al ámbito ideológico, también sirvió para negar la identidad obrera de los militantes de otros sectores políticos movilizadas durante las huelgas, entre ellos: los socialistas y los radicales. Para el periódico *La Época*, que respaldaba al oficialismo, también fueron parte de un “complot internacionalista” que atentaba contra el gobierno de Perón, cuyos planes habrían sido descubiertos por los propios peronistas¹⁷ (La Época, martes 23 de enero de 1951, P.1), quienes los acusaron de ser los responsables:

“El comunismo ha querido dar una batalla al gobierno y al pueblo argentino; y pueblo y gobierno están resueltos a aceptarla procediendo en la energía y deci-

16 Si bien Eduardo Colom era caracterizado como un radical yrigoyenista. En la década del 30' compró la marca del diario a José Luis Cantilo, aunque sólo pudo sacarlo como semanario. Con el ascenso de Perón al poder de la Revolución del 43, se acercó a ofrecerle respaldo a cambio de créditos blandos para transformarlo en diario, algo que obtuvo, en contante y sonante, después de innumerables trámites, gracias a la gestión del que sería el Subsecretario de Prensa y Difusión durante la presidencia de Perón, Raúl Apold. (Mercado, 2013, p. 148)

17 *La Época* sostiene que se había llevado a cabo una reunión de la sección ferroviaria el viernes 19 de enero de 1951, en el local del comité del Partido Comunista. En él dejan de manifiesto que los comunistas discutieron la ventaja de hacer una huelga general de gremios en todo el país y que por un asunto “práctico” era de convenir empezar por los ferroviarios. En él las tareas tanto de los radicales como socialistas parecen secundarias, pues estos sólo recibirían instrucciones de la Comisión Consultiva de Emergencia. *Democracia*, “Comunistas y políticos desplazados son los ejes del paro ferroviario”, miércoles 24 de enero de 1951, Año IV, N°1779, pp. 1 y 5. También hace alusión a la puesta en marcha del “plan comunista” en el conflicto de la huelga ferroviaria, con la diferencia que no se adjudican “descubrir” el plan de infiltración.

sión que las circunstancias exijan en defensa del orden de la tranquilidad, de la población y del bienestar de los argentinos” (La *Época*, miércoles 24 de enero de 1951, p. 1).

Si analizamos la huelga ferroviaria de 1951 desde la óptica del anticomunismo, afirmamos que el peronismo al interpretar las demandas salariales como un ataque al Estado, utilizó este discurso como una forma de desacreditar la protesta¹⁸ y así evitar admitir que existieran tensiones entre la política económica nacional y las necesidades de la clase obrera. Esta idea de “complot” anulaba el carácter espontáneo de la movilización y consolidaba la hipótesis conspiracionista del anticomunismo de los reaccionarios (López, 2018, p. 141). Un ejemplo de esta intencionalidad es la publicación titulada “Unánime repulso de los gremios. El pueblo también condena el siniestro plan foráneo” (La *Época*, 24 de enero de 1951, pp. 5-6), en ella *La Época* expone las posturas de algunos sindicatos y asociaciones gremiales “independientes”¹⁹ que repudiaban los acontecimientos de la huelga ferroviaria. Las declaraciones del periódico dan cuenta que el conflicto es “artificial” en la medida que no corresponde a un problema de origen nacional, sino que fue “dirigida por títeres de una bien conocida fuerza internacional”²⁰.

La postura anticomunista de la Confederación General del Trabajo no se distanció del oficialismo, en ambos casos el recrudescimiento de su discurso se tornaba más evidente y agresivo en las coyunturas críticas de la conflictividad sindical (Acha, p. 11). El periódico *La Prensa* muestra algunas claves de esto, luego que este tradicional periódico conservador fuera sancionado, el 12 de abril de 1951, por la ley 14.021 que dispuso su expropiación y al poco tiempo, el gobierno entregó el periódico a la Confederación General del Trabajo (CGT), convirtiéndose en el vocero de la central obrera (Panella, 2012). En noviembre de 1952, bajo la lógica de la Guerra Fría²¹, los trabajadores peronistas se vieron en la necesidad de impulsar una central regional latinoamericana para unir a la clase obrera en torno a los ideales de justicia social y tercera posición. Esto se tradujo en la fundación de la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS)²². Su fin era combatir al imperialismo estadounidense y superar, gracias a la justicia social peronista, tanto al capitalismo como al comunismo (Zanatta, 2013, p. 323).

Para la CGT, tanto la Federación Sindical Mundial (F.S.M) de carácter comunista y la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (C.I.O.S.L) de índole anticomunista operaban en función de los imperialismos, respectivamente del soviético y del norteamericano. En *La Prensa* estos son caracterizados como tendencias que “*conducen a un mismo fin: la esclavitud del hombre. Unos lo esclavizan al Estado y los otros al capital*”²³. Las declaraciones de *La Prensa* sobre el panorama sindical daban cuenta de la necesidad de fundar una central regional con los principios de la doctrina peronista: la Tercera Posición y el justicialismo. Para Zanatta (2013, p. 324) la fundación de ATLAS puede entenderse como el

18 *Ibíd.* Little (p. 302) sostiene que dado a que la esencia del conflicto ferroviario radicaba en un choque entre los requerimientos de una política económica nacional y las necesidades sentidas por ciertos sectores de la clase obrera organizada. El gobierno peronista tenía la necesidad, sobre todas las cosas, de evitar el tener que admitir que pudiese haber algún conflicto entre estos dos intereses.

19 Entre ellos el Sindicato de la Alimentación, La Asociación Obrera Textil, la F.O.N.I.V.A (Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Afines), la Unión Obrera de la Construcción y la Asociación Marítima Argentina, *Ibíd.*

20 *Ibíd.*

21 Cuando nos referimos a la lógica de la Guerra Fría queremos decir, de acuerdo a Claudio Panella (2012, p. 9) que los trabajadores peronistas buscaron mantenerse equidistantes de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), que representaba a las organizaciones gremiales comunistas del continente, y de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), que estaba integrada por centrales de orientación pronorteamericana.

22 Según Claudio Panella (1996, p. 41) el sustento ideológico de ATLAS recaía en la CGT de la Argentina, única central obrera del país y sin duda la más poderosa del continente. Homogéneamente peronista y por lo tanto estrechamente ligada a los ideales de justicia social encarnados por el gobierno justicialista.

23 *La Prensa*, “Gremiales: Las tendencias del movimiento obrero”, Domingo 9 de diciembre de 1951, Año I –en la era justicialista–, N° 21, p. 3

proyecto internacional sindical peronista que representó la ambición de la CGT por ejercer su influencia en todo el hemisferio americano.

A pesar que el sustento ideológico de ATLAS recaía tanto en la CGT como en la dirigencia justicialista²⁴, podemos identificar algunos puntos de distinción entre el posicionamiento anticomunista de la dirigencia peronista y el de la CGT. Luego de la huelga ferroviaria, uno de los momentos en que proliferaron las posturas anticomunistas fue durante la huelga metalúrgica de 1954. Como señala Fernández (p. 11) las movilizaciones de los obreros metalúrgicos (sobre todo, la asamblea de la plaza Martín Fierro) y los choques frente a la planta de La Cantábrica (Morón), dieron pie al gobierno para lanzar una campaña de detenciones de militantes del gremio metalúrgico, con el pretexto de poner fin a la “infiltración” comunista en la UOM. La postura de la CGT si bien manifiesta su preocupación por combatir a los dos imperialismos en función de “la Tercera Posición”, durante el contexto de plena coyuntura sindical, muestra expresamente la necesidad de denunciar el imperialismo soviético por sobre el norteamericano:

“el imperio de la justicia social es el muro inconmovible contra el que se estrellará eternamente cualquier extremismo, sobre todo si es de izquierda [...] No debe extrañar que su método no haya sido el del ataque directo al gobierno justicialista de Perón sino una maniobra para apoderarse de la conducción.” (La Prensa, miércoles 9 de junio de 1954, p. 4)

La CGT no tuvo una actitud prescindente frente a este contexto, dentro del debate sobre los peligros de la conducción de los sindicatos, el comunismo era caracterizado como una amenaza mayor frente al imperialismo norteamericano. *La Prensa*, a diferencia de la dirigencia peronista²⁵, no interpretaba las demandas salariales como lo hacía el discurso justicialista, “como un ataque al gobierno y a todo el Estado peronista”, sino como un plan de infiltración de carácter local antes que internacionalista. A diferencia de los demás actores anticomunistas, la CGT reconoció los antecedentes de la huelga metalúrgica en el plano nacional responsabilizando a los militantes del PCA. En este sentido, fue el único actor anticomunista que denunció la “maniobra de infiltración comunista” al señalar la experiencia de la Unión Democrática como antecedente del conflicto; sosteniendo que fue “el plan trazado por el comunismo en contacto directo con los políticos desplazados y vendepatrias, concordado entre los agitadores internacionales y los integrantes de la fallida Unión Democrática de 1946”.

La postura de ATLAS no distaba de la CGT. La central sindical regional reconocía que las causas de la huelga metalúrgica tenían su origen en el plano local y que tenían relación con la acción de la militancia comunista en el ámbito gremial. Sobre este último punto es preciso señalar que, a diferencia del discurso oficialista, las causas de las huelgas apuntaban a fenómenos históricos concretos. ATLAS identificaba, entre las causas de la huelga metalúrgica, la disolución de los sindicatos comunistas como producto de la estrategia partidaria del PCA. Posición adoptada luego de la derrota electoral de la Unión Democrática en febrero de 1946. Este proceso se concretizó dos años después de las disposiciones resueltas luego del XI Congreso del PCA celebrado en agosto de 1946 (Gurbanov y Rodríguez, 2008, p. 6). Los gremialistas comunistas renunciaron a la dirección de los sindicatos que todavía conducían y optaron por “acompañar” a las masas peronistas, decisión sustentada en la necesidad de afianzar las mejoras obtenidas por los trabajadores y profundizar progresivamente las contradicciones sociales y políticas del proceso para desarrollar su propio programa. Esto se materializó con la creación

24 Zanatta (2013, p. 359) Al hablar sobre la postura estadounidense frente al peronismo y la influencia del comunismo en el terreno sindical argentino. Deja de manifiesto que el ministro de Relaciones Exteriores nombrado por Perón en 1951 y que ocupó el cargo hasta 1955, Jerónimo Remorino desacreditó a Perón al momento en que reafirmaba su postura anticomunista frente a Dwight Eisenhower. Remorino acusó que los agregados obreros respondieron más a la CGT que al gobierno porque su forma de hacer política “le estaba haciendo el juego a los comunistas”.

25 Nos referimos a *La Época*, *El Laborista* y *Democracia*.

del Movimiento Pro Independencia y Democratización de los Sindicatos (MPIDS)²⁶ cuya figura principal fue el dirigente comunista de la construcción Rubens Íscaro (Contreras, 2017, p. 56).

Las denuncias de ATLAS sobre la acción comunista en los gremios por parte del MPIDS dan cuenta, ante todo, de su adhesión a la Federación Sindical Mundial y el nexo entre este sindicato con el comunismo. Por un lado, las declaraciones de ATLAS, dentro del periódico *La Prensa*, apuntaron a la acción de la F.S.M., caracterizándola como “*disolvente y corrosiva en la medida que atentaba contra la unidad y el vigor de la labor gremial de los trabajadores*” (La Prensa, viernes 11 de junio de 1954, p. 3). Por otra parte, en lo que concierne al vínculo entre la dirigencia del MPIDS con el comunismo soviético, sostuvo que los dirigentes pertenecientes al Movimiento Pro Independencia y Democratización de los Sindicatos “*se reunieron en mayo [de 1954] con el objetivo de transmitir las directivas del partido para la acción a desarrollar entre la clase trabajadora*”²⁷. Sobre esta reunión, ATLAS cuestionó el título de “independencia sindical” que se adjudicó el MPIDS, luego que un vocero de esa organización analizara el panorama del mundo actual definiéndolo como “*consecuencia de la transformación del socialismo al comunismo originada en el paso del socialismo al comunismo en la Unión Soviética*”, discurso que estaba en directa consonancia con las conclusiones del 19º Congreso del Partido Comunista Ruso.

La principal diferencia entre la predica anticomunista de los gremios peronistas (ATLAS-CGT) y la posición de la dirigencia peronista, radicó en que para los primeros, el uso del discurso anticomunista no se excede del terreno gremial. Tanto la CGT como ATLAS denunciaron a los comunistas por la acción del MPIDS en los gremios y la relación que esta organización tenía –tanto en el ámbito local como internacional– con el comunismo. Aunque las denuncias de ATLAS apelaron tanto a los vínculos con los comunistas argentinos como con la directiva de Moscú, es preciso señalar que aludían a fenómenos históricos concretos.

3. LA CUESTIÓN INTERNACIONAL DEL PERÍODO 1951-1955: EL IMPACTO DEL MACARTISMO Y LA VISITA DE MILTON EISENHOWER EN EL POSICIONAMIENTO ANTICOMUNISTA DEL PERONISMO

143

Cuando nos referimos al panorama internacional del período 1951-1955 debemos recordar ante todo la puesta en marcha de las relaciones comerciales con la Unión Soviética durante 1946. En dicho escenario, Perón optó por mantener un posicionamiento ambivalente durante la naciente Guerra Fría, sin tener que arriesgar sus pretensiones de promover una futura alianza de cooperación económica con Estados Unidos, por ende, las relaciones comerciales con la URSS respondieron a intereses periódicos y puntuales antes que el establecimiento de propuestas económicas de largo alcance. Si bien, en 1946 existió un interés concreto por parte del peronismo por asignar al Estado como agente planificador de la economía, durante el período 1951-1955, promovió la afluencia de capitales norteamericanos para invertir en la economía de Argentina. Para dicho anhelo, no resulta casual que el discurso anticomunista le sirvió al peronismo para aquellos fines, si tomamos en cuenta que el macartismo se posicionó como la ideología dominante en Estados Unidos.

La llegada del republicano y pragmático Eisenhower a la Casa Blanca y, con él, del secretario de Estado John Foster Dulles a mediados de 1953, había cambiado las prioridades

26 Para el dirigente comunista Rubens Íscaro, el Movimiento Pro Independencia y Democratización de los Sindicatos, nucleado en torno al PC, tenía como objetivo impulsar la formación de una “dirección alternativa” a la de los sindicatos nacionales y la CGT, que agrupase a diversas formaciones político-ideológicas presentes en el movimiento obrero, inclusive sectores del peronismo, tras la consigna de la “democracia sindical”. (Fernández, 2005, p. 13). Dicho de otro modo, desde una perspectiva analítica por Gustavo Contreras (2017, pp. 56-57), “el programa del MPIDS remitía, en lo económico, a pelear contra la carestía de la vida y, en lo político-sindical, a coincidir en las luchas con los sectores más combativos del peronismo para avanzar a una actuación conjunta anclada en las perspectivas más obreristas del programa reformista del gobierno, tanto para tensionar sus contradicciones como para avanzar la concreción de reivindicaciones sentidas por los trabajadores”.

27 *Ibíd.*

de los Estados Unidos con la región. No se trataba de fomentar la democracia, criticando la falta de libertad de prensa o los ataques a la oposición, sino de oponerse fanáticamente a la influencia soviética en América Latina y respaldar cualquier tipo de gobierno que le fuera funcional a esos objetivos (Mercado, 2013, pp. 238-239). El primer acercamiento entre el flamante gobierno norteamericano con el peronismo se dio por medio de un comunicado enviado a Perón por parte de Foster Dulles. En él comparaba la imagen de Perón con Eisenhower en la medida que ambos eran caracterizados como “líderes reconocidos de la comunidad americana”. Perón, agobiado por la falta de divisas y la ausencia de inversión no tardó en responderle, explicando que la responsabilidad del distanciamiento entre ambos gobiernos recaía en la actitud del ex presidente Truman. Sin embargo, se encontraba dispuesto a colaborar con las órdenes de Dwight Eisenhower (Cisneros y Escudé, 2003).

El discurso anticomunista del peronismo si bien funcionó para estrechar lazos comerciales con Estados Unidos a través de la visita de Milton Eisenhower a mediados de 1953, no condicionó su postura confrontacional contra el comunismo internacional. En 1951, *La Época*, denunció las pretensiones de los comunistas por hacer una reunión pública a raíz del Movimiento por la Paz²⁸, la cual tuvo lugar en Tandil el día 28 de enero. Para *La Época* esta reunión tenía el propósito de “reorganizar los cuadros dirigentes de los comunistas argentinos” los cuales “se encontraban raleados por la política justicialista del general Perón”, caracterizando esta situación como la “concentración de un grupo de traidores que unificarán ideas y proyectos para luchar desde la sombra contra el bienestar del pueblo argentino” (*La Época*, viernes 19 de enero de 1951, p. 3).

Según la prensa oficialista, los comunistas disimularon “una aparente voluntad pacifista” con el fin de escuchar el informe del ese entonces, presidente del Comité Argentino Partidario de la Paz²⁹, Emilio García Iturraspe, quien participó en las deliberaciones del Segundo Congreso Mundial de la Paz³⁰ (Petra, 2013, p. 119). Esta línea editorial no estaba equivocada al momento de acusar a esta reunión como parte de un congreso que estaría conformado por comunistas, sin embargo, daba cuenta de un plan de infiltración que “encierra una preparación para la guerra y un balance de las fuerzas comunistas existentes en las diferentes regiones”, sosteniendo que:

“Lo que se anuncia en Tandil con una profusa propaganda tiene por objeto transmitir esas instrucciones a los representantes de cada uno de los gremios para que a su vez, las pongan en conocimiento de las diferentes células. La gravedad que ha llegado a asumir en todas las naciones esta labor silenciosa y permanente de las células comunistas, en su incesante obra de sabotaje y destrucción.” (*La Época*, viernes 19 de enero de 1951, p. 3)

El anticomunismo peronista si bien se manifestó como un instrumento discursivo que se potenció con motivo de estrechar lazos económicos entre Perón y el bloque occidental, ya compartía algunas características con el anticomunismo nacionalista de Estados Unidos, incluso cuando Harry Truman estaba en el poder y cuyas relaciones bilaterales fueron

28 El Movimiento por la Paz fue la iniciativa frentista más importante que Moscú promovió una vez desatada la Guerra Fría. En ella los intelectuales jugaron un rol crucial. (Petra, p. 101). Esta organización respondía a la estrategia política dominante del Kominform oficializada en 1947, denominada “Lucha por la paz”, inspirada en el informe Zhdánov –documento fundamental de la ideología comunista para la Guerra Fría– En él Andréi Zhdánov sostuvo que el mundo estaría dividido en dos bloques: de un lado, el campo imperialista y antidemocrático dominado por Estados Unidos; del otro, el campo antiimperialista, democrático y defensor de la paz, hegemonizado por la URSS. (Petra, pp. 102-103)

29 El Comité Argentino por la Paz comenzó sus tareas en marzo de 1949 mediante un manifiesto en apoyo a la convocatoria del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz. El Congreso mundial de la Paz fue la iniciativa frentista más importante que promovió Moscú y la única estructura internacionalista, luego que la Kominform declarase en 1949, la “lucha por la paz” como estrategia política dominante del movimiento comunista internacional. (Petra, p. 104)

30 El segundo congreso de los partidarios de la paz fue celebrado en Praga y París en abril de 1949. En aquella oportunidad la delegación argentina fue representada, como señala Petra (p.120) con un evidente peso de las profesiones intelectuales por sobre las delegaciones obreras y campesinas.

menos cordiales que con Dwight Eisenhower. El peronismo, con motivo de promover la prohibición de la propaganda comunista en la Argentina, veía con buenos ojos las actividades de censura contra los periódicos comunistas estadounidenses en 1951, *La Época* miraba como ejemplo el hecho que los vendedores de periódicos norteamericanos “se negaran a seguir vendiendo el diario comunista “Daily Worker” por considerar que al hacerlo contribuían a difundir una propaganda que favorecía a los que aspiran a esclavizar al pueblo norteamericano” (*La Época*, viernes 19 de enero de 1951, p. 3).

Para nosotros no es casual que el discurso anticomunista del período 1951-1955 estuviese marcado por invocaciones nacionalistas tradicionales, en el que prima el carácter infiltrante del comunismo internacional bajo la lógica de un complot. Perón no se encontraba cómodo luego de haber pasado por la peor parte de la crisis económica. En julio de 1953, por un lado, los objetivos del Segundo Plan Quinquenal parecían no tener asidero en la realidad y no se presentaban inversores (Zanatta, p. 361) y, por otra parte, Perón vio la oportunidad de mejorar sus relaciones con Estados Unidos tras la visita de Milton Eisenhower a algunos países de América Latina, no obstante, una posible visita a la Argentina no se encontraba en la agenda del hermano del presidente estadounidense. Perón, en la medida que tuvo la presión de negociar con Estados Unidos, quien era el único país que podía proveerlo de tecnología, capitales y bienes industriales, optó por persuadir a los hermanos Eisenhower. Zanatta (p. 362) señala que con el fin de convencerlos envió amables señales conciliatorias a Iglesia y oposición y, sin miedo a exagerar, declaró a la prensa estadounidense que no existían problemas con Estados Unidos.

Perón comprendía que un país que apenas podía producir menos de la mitad de sus requerimientos energéticos no estaba en condiciones de apoyar a la industria, reivindicar soberanía y predicar la unidad latina, todo a la vez. El fin que perseguía Perón era la autosuficiencia energética y sólo podría alcanzarlo abriéndose a las compañías petrolíferas, contra las que su régimen solía lanzar invectivas. Según Zanatta (p. 363) el discurso de Perón sobre la defensa hemisférica contra el comunismo operó como un taparrabos que le sirvió para cubrir sus pedidos a Estados Unidos; pero la visita de Milton Eisenhower no significó otra cosa que una retirada táctica con la intención de volver a la Tercera Posición en cuanto sea posible (Zanatta, p. 365).

La funcionalidad del discurso anticomunista durante la visita de Milton Eisenhower, pese a que se trató de una estrategia política, le sirvió a Perón para mostrarse como defensor del bloque occidental. Como bien sugiere Zanatta, en la medida que Perón necesitaba estrechar lazos económicos de manera urgente con Estados Unidos, puso en marcha una retirada táctica de su Tercera Posición. Perón consciente de ello, no quiso abandonar por completo estos lineamientos. La prensa justificó que las razones de la visita de Milton Eisenhower tenían una finalidad inversora antes que de ayuda financiera:

“se niega en Washington que el éxito de la visita de Milton Eisenhower haya visto facilitada por consideraciones de orden financiero [...] La misión no se hallaba autorizada para iniciar ninguna tratativa ni dar ninguna promesa de ayuda financiera. Las autoridades argentinas se encontraban dispuestas [sic] a favorecer la afluencia de inversiones de capitales norteamericanos” (*El Laborista*, martes 21 de julio de 1953, p. 1).

La línea editorial de *Democracia*, manifestó que la visita de Milton Eisenhower no impactaría en la postura de la Tercera Posición de Perón al señalar que “Perón y el señor Eisenhower se habrían mostrado concordes en que las diferencias ideológicas no deben perjudicar la armonía de las relaciones de los distintos países”, mostrando un criterio de prescindencia política frente a la puesta en marcha de las relaciones comerciales con Estados Unidos. No obstante, en la misma columna sostiene que tanto “Estados Unidos como Argentina poseen

sólidos intereses comunes en la defensa de la civilización occidental”³¹. Esta postura nos permite demostrar que la funcionalidad del discurso anticomunista le sirvió a Perón para matizar, momentáneamente, su Tercera Posición para negociar con Estados Unidos³² (La Época, lunes 20 de julio de 1953, p. 3).

Durante el período 1951-1955 el anticomunismo nos permite visualizar una posición clara respecto al peronismo: estaba del lado de occidente y el discurso anticomunista fue, una de las aristas que permitió persuadir a Milton Eisenhower para realizar la visita a la Argentina. El discurso anticomunista en su línea nacionalista y tradicional ya existente, sumado a las pretensiones de Dwight Eisenhower por promover una alianza hemisférica contra el comunismo, provocaron que el anticomunismo en su vertiente ideológica se potenciara. Esto le permitió al peronismo tener una victoria virtual y la prueba de ello fue que Washington cedía terreno en la larga pulseada con Perón (Zanatta, p. 363). Sin embargo, parte de la legitimidad del sistema peronista se esfumó, en efecto, con la nueva política exterior. Decepcionaba a los delegados sindicales de las grandes empresas y a los oficiales nacionalistas. Los primeros no tenían motivos para estar satisfechos, no podían prevalerse de ningún éxito notable, ya sea en el campo de las conquistas sociales ni en el de las reivindicaciones salariales; su papel se redujo a evitar las huelgas y las movilizaciones en pos de los objetivos económicos (Rouquié, p. 103).

4. EL VÍNCULO IGLESIA CATÓLICA-COMUNISMO

A pesar que el resultado de las elecciones presidenciales de 1951 y las legislativas de 1954 expresaban cuantitativamente un apoyo masivo a las políticas llevadas adelante por Juan Perón con más del 62% en ambos casos (Mason, 2012, p. 91), el clima político posterior a 1950 puede entenderse, en palabras de Robert Potash (1981, pp. 173-174), como parte de un proceso de polarización que obligaba a los argentinos hasta entonces no comprometidos a asumir posiciones; un proceso que los propios peronistas promovían activamente apoyándose en su convicción de que “para nosotros solamente hay peronistas y antiperonistas”. En otras palabras, Alfredo Mason (2012, pp. 89-90) señala que el clima político de polarización³³ no es unidireccional, sino que las fuerzas políticas que se enfrentaron fueron creando una situación “amigo-enemigo”. Sobre la postura del sector opositor frente a la victoria de Perón en las elecciones presidenciales de 1951, Robert Potash (pp.197-199) da cuenta que para ellos el resultado electoral no significó en modo alguno la legitimidad del ejercicio del poder, por el contrario, estos sectores descartaron la lucha electoral como medio para destituir a Perón y se reorganizaron, no en función de la(s) identidad(es) de sus participantes, sino en función del acto temerario que se proponían: el asesinato del presidente y de Eva Perón.

Respecto al escenario posterior a 1950, Bianchi (1994, p. 31) señala dos puntos en relación al conflicto entre la Iglesia y el gobierno peronista. El primero hace alusión a que esta confrontación se instaló en el campo de la religión³⁴. En segundo lugar –y que nos es útil

31 *Ibíd.*

32 Sobre esta posición ambivalente de Perón es preciso señalar que Milton Eisenhower reafirmaba la posición de Perón de pertenecer al bloque occidental a través de un discurso por Radio del Estado, anunciando que “En todas partes que me he hecho presente cuánto tenemos que agradecer los que vivimos en este espléndido y generoso mundo Occidental, es espíritu de fraternidad que es el más noble de los deberes sociales”.

33 Mason (p.91) señala que el clima político de polarización llevó a que el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas adquiriera un sentido cada vez más irreversible. Ejemplifica esta idea refiriéndose ante todo a la situación del golpe de Estado de Menéndez de 1951, el estallido de dos bombas en plaza de mayo durante una concentración en Plaza de Mayo el 15 de abril de 1953 cuyos responsables estaban ligados a sectores católicos como Mario Amadeo y radicales como Emilio Carranza; y el endurecimiento de las relaciones entre el gobierno con los sectores medios de la población a fines de 1954; tras una serie de hechos en la Universidad de Buenos Aires que culminaron con la detención de 250 estudiantes.

34 Sobre este punto Bianchi (p. 31) sostiene que los conflictos entre el Estado y la Iglesia localizados en el campo de la religión, tuvieron un primer punto de disputa a partir de los avances de ciertas formas de religiosidad popular que competían exitosamente con el catolicismo. Desde la perspectiva eclesial, estos avances coincidían con lo que se consideraba un nivel muy bajo de práctica religiosa institucionalizada, sobre todo, en la ciudad de Buenos Aires.

para el desarrollo de esta investigación– reconoce que la Iglesia Católica comienza a dibujarse como el espacio posible –y tal vez el único– de la oposición al peronismo tomando en cuenta una pluralidad de factores. Para comprender este punto la autora señala que en el año 1950 los campos de la oposición política se habían estrechado de manera considerable. La reforma constitucional de 1949 permitía la reelección de Perón, instancia que fue interpretada tanto por el oficialismo como por la oposición que el peronismo había llegado para quedarse. La subordinación de las estructuras de la Confederación General del Trabajo (CGT); los partidos políticos estaban rigurosamente controlados y el principal dirigente de la Unión Cívica Radical, Ricardo Balbín, había sido apresado. Asimismo, se reforzó notablemente el control estatal sobre los medios de comunicación.

Con este cambio de escenario, el discurso anticomunista fue de utilidad para el peronismo en la medida que le permitió agregar una nueva identidad a la Iglesia Católica: la de un agente extranjerizante. El peronismo no tuvo dificultades en identificar a la Iglesia Católica como un organismo internacionalista. El discurso anticomunista le permitió a Perón, apelar a la Ciudad del Vaticano como un símil de Moscú, en tanto la religión católica emanaba desde un Estado independiente y adquirió un carácter “infiltrante” al asumir posiciones en la política nacional.

Por medio del titular “el pueblo condena el complot de la reacción y sirvientes de la oligarquía” (La Época, martes 10 de mayo de 1955, p. 3) señalamos que la intencionalidad por parte del peronismo es distinguir, por un lado, al pueblo como un agente monolítico que defiende los intereses justicialistas, en contraposición de la Iglesia, que se manifiesta como un organismo reaccionario en tanto le sirve como aliado a la oligarquía. La particularidad de esta publicación es que *La Época* señala al enemigo político a partir de la denuncia de un complot “Clerical-Radical-Comunardo”, cuya “acción perturbadora, dirigida por clérigos y frailones, motivaron recientes incidencias callejeras y cometieron atentados criminales”. Si bien durante el primer peronismo, el tópico de la conspiración estaba condicionado por la participación política de elementos de izquierda como el radicalismo intransigente, socialismo y comunismo; durante el período de mayor conflictividad entre Perón y la Iglesia, fue frecuente esta caracterización en tanto la prensa peronista buscaba negar la identidad nacional tanto de la Iglesia como de sus instituciones y adherentes durante los períodos de movilizaciones. Este tipo de acusaciones tenían como propósito vincular a la Iglesia Católica con el comunismo³⁵ para asignar a la Iglesia algunas características del discurso anticomunista clásico. Ejemplo de esto es la negación de la identidad clerical de los manifestantes de las movilizaciones eclesásticas, quienes estaban “*disfrazados de católicos y eran contrarios a la doctrina de Jesús*” (La Época, martes 10 de mayo de 1955, p. 1)

Estas denuncias, en tanto se refieren a la Iglesia como un agente disruptivo de la unidad nacional, provenían específicamente de la matriz nacionalista del anticomunismo. Para el oficialismo, la Iglesia no sólo luchaba contra el peronismo, sino que pone en marcha un complot con el elemento más extranjerizante dentro de la izquierda: el comunismo. Según la prensa peronista, la Iglesia Católica abandonó su postura de conciliación de clases; y es durante el período de mayor conflictividad con el régimen justicialista cuando empieza a promover la lucha de clases desde una vertiente internacionalista al señalar que: “cada Estado que cobijó a la Iglesia debió defenderse dramáticamente de sus avasallamientos [...] y esta al considerarse a sí misma como Estado, peleará con uñas y dientes para no ceder terreno” (Democracia, 1 de mayo de 1955, p. 7) siendo una lucha que, según *Democracia*, la Iglesia lo interpretó bajo la consigna “*El Estado o nosotros*”.

35 Democracia, “todo el país condena la acción terrorista clerical”, Año XXXIX, N° 3363, P.2. En ella señala que “los clericales y sus socios de hoy los radicales comunizados; los socialistas traga obispos de ayer y los comunistas prontos al aprovechamiento de todas las circunstancias, que nada de lo que tramen contra el orden y el peronismo ha de quedar impune y que les conviene no enardecer al pueblo”.

La presente publicación señala, que el agente infiltrante dentro de la Argentina es la agrupación Acción Católica Argentina³⁶ quienes “En las reuniones, en nombre de la religión, despotricarán contra la Argentina, contra el gobierno y contra Perón ¡y piensan hacerlo en toda América!”. Esta acción, según el periódico *Democracia* también fue denunciada por el tradicional periódico conservador *El Mercurio* de Santiago de Chile³⁷, quienes dejaron al descubierto un supuesto “plan de infiltración” con ayuda de los comunistas:

“La red internacional de la Iglesia se agita en estos momentos contra la Nueva Argentina mientras aquí conspira, agravia al gobierno, coloca bombas y mata, y hasta busca alianza en los comunistas con tal de alimentar la esperanza de derrotar al Estado.”

Con todo lo anterior, señalamos que durante el conflicto Iglesia Católica-Perón de 1955, el discurso anticomunista de matriz nacionalista logró tener una nueva funcionalidad. El problema del internacionalismo puede ser entendido al caracterizar a la Iglesia Católica bajo premisas del anticomunismo tradicional, es decir, como la negación de la identidad clerical o la caracterización de esta como un agente extranjerizante en la medida que promovía las ordenes de la Ciudad del Vaticano. Si bien el discurso anticomunista peronista reconocía a la militancia comunista como el enemigo interno, que promovía la infiltración dentro de los conflictos gremiales. Acción Católica Argentina se posicionó en el lugar que ocupaba la militancia comunista. Fueron caracterizados como agentes internacionalistas que promovían la lucha de clases dentro y fuera de la Argentina.

CONSIDERACIONES FINALES

El anticomunismo operó en el discurso fundacional del peronismo para consolidar el frente entre las fuerzas principales que lo apoyaban: la Iglesia, los militares, las oligarquías provinciales y los trabajadores. La funcionalidad del discurso anticomunista inicial se manifestó en términos de autoritarismo-verticalismo. Durante los años 40' el discurso anticomunista fue un argumento favorable a la unión nacional y a la eliminación de la lucha de clases como instrumento de la acción estatal, en los años 50' adquirió una nueva funcionalidad en la medida que fue utilizado como epíteto descalificador entre los actores anticomunistas.

A lo largo período 1951-1955 reconocemos la presencia de una nueva funcionalidad del anticomunismo, distinta de la reconocida a partir de los comicios del 24 de febrero de 1946. Sobre la manera en que opera, hemos sugerido que sirvió para evitar asumir que existían tensiones en tres arenas de conflicto: los asuntos gremiales, la política exterior y el problema Iglesia-Perón. En el primer momento dimos cuenta que durante los ciclos de huelgas encontramos algunos elementos de continuidad entre el anticomunismo de 1951 y el que proviene de las elecciones presidenciales de 1946, de esto señalamos la presencia de posturas anticomunistas clásicas de carácter nacionalista, como el problema del internacionalismo y el de la infiltración. Lo interesante de este punto es que durante los períodos de mayor conflictividad en el ámbito gremial, el anticomunismo peronista operó bajo la lógica de evitar asumir que existían tensiones entre capital y trabajo. Sin embargo, las posturas tanto de la CGT como de ATLAS hicieron referencias al problema de la infiltración en términos prácticos, puesto que percibían la infiltración comunista como un problema de origen local.

En el plano de la política exterior, el discurso anticomunista si bien fue constante durante el peronismo en la medida que denunció en el plano local la puesta en marcha de

36 Sobre la postura de Democracia frente a Acción Católica como el enemigo político dentro del ámbito local, la línea editorial de Democracia, deja en evidencia algunos aspectos de su plan de infiltración: “que extiende la conspiración a todas las naciones y como desde hace siglos vienen haciendo los clericales, escudándose en el nombre de Dios, Rezaban una plegaria por la Iglesia Crucificada en la Argentina”

37 Según Democracia, en aquella instancia Acción Católica hizo un llamado a todos sus seguidos de América, “pidiéndoles que el 25 de mayo, Festival (?) nacional de Argentina, se realice en toda América el día de plegarias por la Iglesia crucificada de Argentina”, *Ibid.*

iniciativas frentistas como los Congresos por la paz, puede entenderse a través las pretensiones de Perón por acercarse al bloque occidental, por dos factores: por un lado, para poner en marcha un plan de modernización económica en que Estados Unidos parecía ser el único país capaz de ayudarlo, y por otra parte, para que Perón se mostrara triunfal frente a la lucha que tuvo a lo largo de su gobierno con Norteamérica.

Por último, en lo que concierne al conflicto Iglesia-Perón³⁸ podemos decir que la funcionalidad del anticomunismo se resume en dos aspectos. Por un lado en el hecho de que el peronismo denunció a la Iglesia Católica por poner en marcha planes de infiltración dentro de América Latina, y junto a ella el comunismo parecía ser su aliado. Esta asimilación nos permite inferir que la intencionalidad del justicialismo fue ante todo denunciar a la Iglesia bajo los códigos del anticomunismo nacionalista-clásico: el problema de la infiltración y el carácter internacionalista. Con esto queremos decir que la pugna entre la Iglesia y Perón se resume en la lucha por quién es mejor anticomunista en la medida que ninguno de los dos hacían referencias a fenómenos históricos concretos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acha, O. (2014). “El peronismo y la forja del anticomunismo obrero”, *Cuarto congreso de Estudios sobre el peronismo (1943-2014)*, Universidad Nacional de Tucumán, 18, 19 y 20 de septiembre.
- Baily, S. (1967). *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Traducción de Alberto Siria, Buenos Aires: Biblioteca Argentina de Historia y Política.
- Bianchi, S. (1994). “Catolicismo y peronismo: la religión como campo de conflicto (Argentina, 1945-1955)”, *Boletín Americanista*, N°44, 1994, 25-37.
- Bohoslavsky, E. (2016). “Organizaciones y prácticas anticomunistas en Argentina y Brasil (1945-1966)”, *Estudios Ibero-Americanos*, Porto Alegre, v.42, N°1, 34-52.
- Bohoslavsky, E. (2011). “Entre el antipopulismo y el anticomunismo. Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959)” en *Mallimaci, Fortunato, Nacionalistas y nacionalismos: Debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Caimari, L. (2002). “El peronismo y la Iglesia Católica”, en *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas*, Tomo VIII, 441-479, dirección de tomo: Juan Carlos Torre, Buenos Aires: Sudamericana.
- Casals, M. (2015). *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campaña del terror” de 1964*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Casals, M. (2009), “Lógicas ideológicas de exclusión, fragmentos para la historia del anticomunismo en Chile”, en Rafael Gaune y Martín Lara; *Historia del racismo y discriminación en Chile*, Santiago de Chile: Uqbar Ediciones.
- Casals, M. (inédito) *Política, cultura e imaginario anticomunista en el Chile de los sesenta*, Apuntes de investigación.
- Cisneros, A. (2002). *Del ABC al Mercosur. La integración latinoamericana en la doctrina y praxis del peronismo*, Buenos Aires: Grupo editor latinoamericano.

38 El conflicto Iglesia-Perón, como ya habíamos señalado, se caracterizó por la redefinición del enemigo político a partir de la creación de alianzas –ficticias o no con el comunismo–. Para el caso de la postura de la Iglesia frente al peronismo, cabe destacar el posicionamiento de Gustavo Franceschi, quien en su retórica no hacía alusión a una supuesta alianza entre Perón y los comunistas. Si bien asimilaba al peronismo como una dictadura, no la comparaba con el régimen soviético; sino que acudía a la relación peronismo-totalitarismo haciendo énfasis a las dictaduras fascistas europeas. Ejemplo de esto es su postura frente al discurso de Perón al señalar que “la oratoria de Perón se parecía mucho más a la de Hitler que la de Mussolini” en *Criterio*, “¡Libertad!”, 13 de octubre de 1955, N°1245, Año XXVIII, pp. 723-725.

- Cisneros, A; Escudé, C. (2003). *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina, Tomo XIII*, Buenos Aires: Centro de Estudios de Política Exterior Consejo Argentino para las relaciones internacionales (CARI). Consulta 9 de agosto de 2019: <http://www.argentina-rree.com/13/13-011.htm>
- Contreras, G. (2017). “La organización del movimiento obrero durante el primer peronismo (1946-1955): nucleamientos sindicales y centrales obreras, *Avances del Censor*, V. XIV, N° 16, Primer semestre, 45-68.
- Fernández, F. (2005). *La huelga metalúrgica de 1954*, Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, Cuaderno de Trabajo N° 51.
- Gurbanov, A y Rodríguez, S. (2009) “Los comunistas argentinos frente a la crisis del peronismo en 1955”, *XII Jornadas Interescuelas/Departamento de Historia*, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional de Comahue.
- Groppo, B. (2004). “El antifascismo en la cultura política comunista”, en *Anuario IEHS*, N° 19, Tandil.
- Herrera, C. (2016). *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, 1ª ed, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
- Jáuregui, A. (2012). “El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953” en *A contracorriente*, Vol. 9, N°3, 22-40.
- Larraquy, M. (2010). *De Perón a Montoneros. Historia de la violencia política en la Argentina. Marcados a Fuego II (1945-1973)*, Buenos Aires: Taurus.
- Lanús, J. (1986) *De Chapultepec al Beagle: política exterior argentina*, Buenos Aires: Hyspamérica.
- Little, W. (1979). “La organización obrera y el Estado peronista”, 1943-1955, en Juan Carlos Torre, *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires: Editorial Legasa.
- López, M. (2013). “Criminalizar al rojo. La represión al movimiento obrero en los informes de 1934 sobre la Sección Especial”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, N°4, 101-122
- López, M. (2015). “Las estrategias del comunismo argentino en la mirada del nacionalismo reaccionario durante la década de 1930”, en *Páginas*, Vol. 7, N° 15.
- López, M. (2018). “La representación obrera en disputa. El anticomunismo argentino en los conflictos de 1936 y 1937”, *Revista conflicto social*, Año 11, N°19, 133-159.
- Marengo, M. (2015). *Lo aparente como real: un análisis del sujeto comunista en la creación y consolidación del servicio de inteligencia de la policía de la Provincia de Buenos Aires 1930-1962*, La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Posadas: Universidad Nacional de Misiones.
- Mason, A. (2012). “El conflicto de la jerarquía de la Iglesia con el Peronismo”, *Diversidad*, Año 2, N° 4, 82-114.
- Mercado, S. (2013). *El inventor del peronismo. Raúl Apold, el cerebro oculto que cambió la política argentina*, Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Patto Sá, R. (2000). *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil (1917-1964)*, Tese apresentada à Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da USP para obtenção do título de Doutor em História Econômica, Orientadora: Suely Robles Reis de Queiroz, São Paulo

- Panella, C. (2012). “La CGT tiene su periódico: la experiencia del diario la prensa (1951-1955)”, *Congreso de periodismo y medios de comunicación*, Facultad de periodismo y comunicación social, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Perón, E. (1951). *La razón de mi vida*, Buenos Aires: Ediciones Peuser.
- Perón, J. (1952). *Manual de conducción política*, Buenos Aires: Ediciones Mundo Peronista.
- Petra, A. (2013). “Cultura comunista y Guerra Fría: los intelectuales y el Movimiento por la Paz en la Argentina”, en *Cuadernos de Historia*, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 99-130.
- Poderti, A. (2011). *Perón. La construcción del mito político. 1943-1955*, Tesis para la obtención del grado de Doctora en Historia, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.442/te.442.pdf>
- Potash, R. (1981). *El Ejército y la política en la Argentina (1945-1962). De Perón a Frondizi*, Traducción de Enrique Tejedor, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rouquié, A. (1982). *Poder militar y sociedad política en la Argentina, Tomo II: 1943-1973*, Buenos Aires: Emecé
- Zanatta, L. (2013). *La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón*, Traducido por: Carlos Catroppi, Buenos Aires: Sudamericana.

PERIÓDICOS Y REVISTAS CONSULTADAS

- La Prensa (1951-1955).
- La Época (1950-1955).
- El Laborista (1950-1955).
- Democracia (1950-1955).
- El Pueblo (1950-1955).
- Criterio (1950-1955).